

Introducción

*G*audium et spes afirma que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón»¹. Los sumos pontífices de la Iglesia católica posteriores al Concilio Vaticano II han sido particularmente sensibles a los cambios y desafíos del tiempo en el que a los católicos les toca vivir su vocación y misión. Han tratado de leer los signos de los tiempos: «El Concilio Vaticano II, con una expresión tomada del lenguaje de Jesús mismo, designa como “signos de los tiempos” (GS, 4) los indicios significativos de la presencia y de la acción del Espíritu de Dios en la historia»². El papa Francisco ha hablado en varias ocasiones de “cambio de época” y no de una mera “época de cambios” para subrayar la profundidad y la magnitud de las transformaciones que se están desarrollando en el mundo actual.

El papa León XIV eligió su nombre en honor a León XIII (1878-1903), famoso por su encíclica *Rerum Novarum* sobre la cuestión social durante la primera revolución industrial, para connotar que la Iglesia debe enfrentar ahora otra revolución, la digital y los desafíos de la inteligencia artificial. El nombre León tiene otra connotación pues en la historia de la Iglesia Católica ha sido adoptado por algunos pontífices que debieron afrontar tiempos de crisis.

¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 1.

² JUAN PABLO II, Audiencia general (23 de septiembre de 1998).

¿Qué respuesta ofrece la Iglesia a los desafíos de hoy? Desafíos como la creciente inseguridad y la incertidumbre constante generan miedo y desesperación en muchas personas. La inestabilidad económica, los conflictos geopolíticos, las crisis sociales y medioambientales. El mismo modo de comunicar estos problemas han creado un entorno donde la confianza en el futuro es frágil.

La economía global enfrenta desafíos graves, con mercados volátiles y una alta inflación que reduce el poder adquisitivo de las familias. Aunque hay mayor abundancia de bienes, ha aumentado la desigualdad económica, dejando a muchos sectores de la población sin acceso a recursos básicos. Esta incertidumbre económica genera ansiedad y temor porque auguran una capacidad para mantener un nivel de vida digno o deseable.

Los conflictos armados y las tensiones geopolíticas han aumentado, creando inseguridad global. Las guerras y el terrorismo provocan destrucción, pérdida de vidas y miedo en la población. La constante amenaza de violencia a gran escala y a nivel local, y la falta de soluciones diplomáticas o políticas efectivas, generan desesperanza. La percepción es que las tensiones mundiales podrían estallar en cualquier momento.

Las crisis sociales, como la migración masiva, los desplazamientos forzados y la falta de oportunidades laborales, han llevado a millones de personas a buscar refugio fuera de su patria en condiciones difíciles y provocando tensiones sociales en la población que acoge. La ausencia de políticas razonables de acogida y el creciente temor al inmigrante empeoran la situación, dejando a estas personas en una situación extremadamente vulnerable. La incertidumbre sobre su futuro y la lucha diaria por sobrevivir generan desesperación.

Estudiosos han confirmado que los mensajes más apocalípticos relativos a crisis medioambientales afectan a la salud mental de los jóvenes. La exposición constante a noticias alarmantes sobre el cambio climático causa en ellos ansiedad, desesperanza y estrés. Este fenómeno ya tiene un nombre propio: “eco-ansiedad”.

El análisis podría extenderse y profundizarse. En resumen, el mundo actual se caracteriza por una inseguridad y una incertidumbre que afectan muchos aspectos de la vida. La combinación de problemas económicos, conflictos geopolíticos y crisis sociales y medioambientales genera un muy difundido entorno de preocupación, ansiedad, desconfianza y pesimismo.

Cada país experimenta estas realidades en distintas modalidades y grados de intensidad. Más que una reflexión teórica se siente la necesidad imperiosa de soluciones que promuevan la estabilidad, la confianza y la esperanza.

Las personas con temperamentos diversos interpretan la realidad y reaccionan de maneras muy variadas, que van desde la confianza hasta el temor. Independientemente del propio temperamento, optimista o pesimista, a todos ayudará reflexionar sobre la esperanza cristiana y distinguirla de aquello que no lo es, en particular del optimismo ideológico.

Papa Francisco en la bula de convocación del Jubileo de la esperanza, además de invitar al realismo, muestra el fundamento indefectible de la esperanza cristiana. Joseph Ratzinger previene contra el difuso y falaz idealismo ideológico propio de la modernidad y por contraposición subraya los rasgos de la esperanza cristiana. Juan Pablo II, como expresión de la más genuina esperanza, reconoce sin eufemismos los desafíos del mundo y de la evangelización y, los afronta con valor.

Papa Francisco y el Jubileo de la esperanza

La bula de convocación del Jubileo titulada *Spes non confundit*³ apela a una gran aspiración, a un profundo anhelo y deseo del corazón humano, que se puede definir con una palabra: esperanza. El papa Francisco reconoce que en el corazón de toda persona anida una esperanza, una expectativa o anhelo del bien, a pesar de no conocer el futuro. Aunque todos esperamos, la característica de «imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad»⁴.

Papa Francisco desea que el Jubileo sea ocasión de reavivar la esperanza en el corazón de los fieles e invita a buscar en la Palabra de Dios las razones para esperar. Esta esperanza a la que papa Francisco se refiere tiene como sólido fundamento la palabra de Dios y su amor. «La esperanza no quedará

³ FRANCISCO, *Spes non confundit* (9 de mayo de 2024), en https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html.

⁴ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 1.

defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (*Rm* 5,1-2,5):

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino⁵.

En esta bula está muy presente san Pablo. En primer lugar, su experiencia, que le hace preguntarse: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?» (*Rm* 8,35). Aquí San Pablo se refiere a momentos de sufrimiento y oscuridad en su vida. Pero confía en la victoria gracias a Cristo quien nos amó. Afirma, «tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8,37-39). Esta esperanza no defrauda y no cede ante las dificultades, porque se fundamenta en la fe en Cristo Jesús y se nutre de la caridad que el Espíritu Santo enciende en los corazones de los fieles.

La esperanza a la que san Pablo se refiere en su *Carta a los Romanos* no cierra los ojos ante la realidad, a veces problemática y dolorosa. Ante el dolor, los sufrimientos y las dificultades de la vida, la esperanza «parece derrumbarse»⁶. Papa Francisco apela al realismo de san Pablo, quien no quiere que los fieles aspiren a una esperanza humana ilusoria o infundada, que no está anclada firmemente en el misterio pascual de Cristo, en la fuerza de su cruz y resurrección. Para san Pablo, «la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incomprensión y de persecución (cf. *2Cor* 6,3-10). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo»⁷.

⁵ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 3.

⁶ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 4.

⁷ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 4.

Y en este contexto pascual, crece una virtud estrechamente relacionada con la esperanza, y muy necesaria en el contexto actual con sus ritmos frenéticos y la aspiración a la satisfacción inmediata de los deseos: la paciencia. «Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse», continúa el Papa, «y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón»⁸.

Esta esperanza sobrenatural, indefectible, fundada en el amor de Dios, que está asociada a una virtud tan humana, sencilla y de aplicación diaria, como la paciencia, podemos «redescubrirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece»⁹. Un corazón atento y agradecido sabe descubrir estos signos. La atención a todo lo bueno que hay en el mundo nos ayuda a «no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia»¹⁰. La memoria agradecida sabe descubrir las huellas del bien¹¹, también en entornos o situaciones donde parece sobreabundar el mal. La memoria —dijo papa Francisco en el mensaje para la 53ª jornada mundial por la paz— es «el horizonte de la esperanza: muchas veces, en la oscuridad de guerras y conflictos, el recuerdo de un pequeño gesto de solidaridad recibido puede inspirar también opciones valientes e incluso heroicas, puede poner en marcha nuevas energías y reavivar una nueva esperanza tanto en los individuos como en las comunidades»¹².

Después de repasar diversos signos de esperanza, el papa se refiere a los jóvenes: ellos, que en sí mismos la representan, son quienes más necesitan descubrir esos signos de esperanza.

⁸ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 4.

⁹ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 7.

¹⁰ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 7.

¹¹ Gabriel García Márquez, en su obra *El amor en los tiempos del cólera* dice que «la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado».

¹² FRANCISCO, Mensaje para la celebración de la 53ª Jornada Mundial de la Paz (8 de diciembre de 2019), en https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20191208_messaggio-53giornatamondiale-pace2020.html.

Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir. Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo, cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburrimiento. La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos¹³.

En este contexto, papa Francisco expresa el deseo de que el Jubileo sea, en la Iglesia, una ocasión para estimularlos e invita a ocuparse con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones; y que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo.

Esta acogida y cercanía se puede dar especialmente en las universidades que acogen en sus campus multitud de jóvenes, unos llenos de ilusión y confianza, otros tristes y desesperanzados. Necesitan cercanía, acompañamiento; necesitan la esperanza de Cristo derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. No necesitan el falso optimismo de las ideologías.

Joseph Ratzinger-Benedicto XVI: ¿Qué es y qué no es la esperanza cristiana?

En su encíclica *Spe Salvi*¹⁴, sobre la esperanza cristiana, Benedicto XVI, ante la pregunta: «¿Qué podemos esperar?», invita a una reflexión seria y valiente que interpela también a los cristianos. Afirmar que es necesario aprender de nuevo qué es la verdadera esperanza, pues ha sido deformada en la edad moderna afectando también al mismo cristianismo. Por tanto,

¹³ FRANCISCO, *Spes non confundit*, n. 12.

¹⁴ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi* (30 de noviembre de 2007), en https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html.

el cristiano debe entender qué es la esperanza para saber qué puede «ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle»¹⁵.

Anteriormente, Joseph Ratzinger (el futuro Benedicto XVI) desarrolló un ejercicio de autocritica de la edad moderna en diálogo con el cristianismo, en el capítulo titulado «Optimismo moderno y esperanza cristiana» del volumen *Mirar a Cristo*, que recoge su predicación de unos ejercicios espirituales¹⁶. Ratzinger comienza relatando una experiencia.

En la primera mitad de los años setenta, un amigo de nuestro grupo hizo un viaje a Holanda. Allí la Iglesia siempre estaba dando que hablar, vista por unos como la imagen y la esperanza de una Iglesia mejor para el mañana y por otros como un síntoma de decadencia [...]. Como era un hombre leal y un preciso observador, nos habló de todos los fenómenos de descomposición de los que ya habíamos oído algo: seminarios vacíos, órdenes religiosas sin vocaciones, sacerdotes y religiosos que en grupo dan la espalda a su propia vocación, desaparición de la confesión, dramática caída de la frecuencia en la práctica dominical, etc., etc. [...] La verdadera sorpresa del relato fue, sin embargo, la valoración final: a pesar de todo, una Iglesia grande, porque en ninguna parte se observaba pesimismo, todos iban al encuentro del futuro llenos de optimismo. El fenómeno del optimismo general hacía olvidar toda decadencia y toda destrucción; era suficiente para compensar todo lo negativo¹⁷.

A Ratzinger le sorprendía esta situación y reflexionaba sobre qué podría justificar esa actitud, ya que no parecía ser una reacción basada en un análisis realista de la realidad. Ratzinger se pregunta qué se habría dicho de un hombre de negocios que constatará continuamente pérdidas y números en rojo, pero que, en lugar de reconocer su situación, de buscar las razones y de contrarrestar con valentía las pérdidas, se presentara ante sus acreedores únicamente con optimismo «¿Qué habría que pensar de la exaltación de un optimismo simplemente contrario a la realidad?»¹⁸.

En su análisis de esta situación eclesial, Ratzinger presenta varias hipótesis con la intención de llegar al fondo de la cuestión: el optimismo podría ser una fachada para ocultar la desesperación, un mecanismo de defensa; o podría ser producido por quienes, deseando destruir la vieja Iglesia, usaban el optimismo como un tranquilizante para los fieles, para neutralizar

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 22.

¹⁶ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo. Ejercicios de Fe, Esperanza y Amor*, EDICEP, Valencia 1990, 45-54.

¹⁷ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 45-46.

¹⁸ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 46.

oposiciones y crear un clima propicio para deshacer la Iglesia y tomar control sobre ella. Así, el optimismo tendría dos caras: una confianza ciega de los fieles, calmados con buenas palabras; una estrategia consciente para cambiar la Iglesia, donde la voluntad humana de diseñar, sin interferencias divinas y según las propias luces y opciones, prevalece.

Ratzinger reflexiona y profundiza sobre una tercera hipótesis: «Era posible que un optimismo similar fuera simplemente una variante de la perenne fe liberal en el progreso: el sustituto burgués de la esperanza perdida de la fe»¹⁹. Como teólogo, Ratzinger había estudiado el pensamiento de Ernst Bloch, entonces muy al alza, cuyo «principio de la esperanza» era la “ontología de lo aún no existente”, la filosofía de la anticipación del mundo razonable y humano del mañana. Se sorprendió inicialmente por el uso de “optimismo” de Bloch en contexto del siglo xx. Para Bloch, «el optimismo es la forma y la expresión de la fe en la historia, y por tanto es necesario, en una persona que quiera servir a la liberación, para la evocación revolucionaria del mundo nuevo y del hombre nuevo. La esperanza es por tanto la virtud de una ontología de lucha, la fuerza dinámica de la marcha hacia la utopía»²⁰.

Ratzinger considera que Bloch ve el “optimismo ideológico” como una suerte de virtud “teologal” promovida por las ideologías modernas y sus promesas. En esta utopía, que debe realizarse mediante la “revolución”, queda alterada la visión del pecado radical contra el Espíritu. Ahora, la desesperanza se opone a la fe y la esperanza moderna y «se califica como pecado contra el Espíritu, porque excluye su poder de curar y de perdonar, y se niega por tanto a la redención»²¹. Ratzinger continúa, afirmando que el pesimismo contemporáneo, asalta la confianza de la edad moderna en el mito de progreso pues cuestiona si realmente la humanidad está avanzando hacia algo mejor. No tener optimismo moderno es percibido como «un asalto frontal al espíritu de la edad moderna, [pues] es el ataque a su credo fundamental, sobre el que se fundamenta su seguridad, que por otra parte está continuamente amenazada por la debilidad de aquella divinidad ilusoria que es la historia»²².

¹⁹ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 47.

²⁰ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 48.

²¹ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 49.

²² J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 49.

Y este gran pecado de la “nueva religión”, la falta de optimismo, le fue imputado a Ratzinger cuando se encendió el debate sobre su libro *Informe sobre la fe* (1985). Recuerda que «el grito de oposición que se levantó contra este libro [*Informe sobre la fe*] sin pretensiones culminaba con una acusación: es un libro pesimista. En algún lugar se intentó incluso prohibir la venta, porque una herejía de este calibre sencillamente no podía ser tolerada»²³. Con cierto humor, Ratzinger comenta que su libro fue puesto en un nuevo “Índice” de libros prohibidos, fruto de una nueva Inquisición, todo por haber cuestionado el espíritu de optimismo de la época. «La cuestión no era: ¿es verdad o no lo que se afirma?, ¿los diagnósticos son justos o no? Pude constatar que nadie se preocupaba de formular tales cuestiones fuera de moda. El criterio era muy simple: o hay optimismo o no, y frente a este criterio mi libro era, sin duda, una frustración»²⁴.

Puede ser que esta fuerte oposición a *Informe sobre la fe* se debiera, en buena medida, a que contiene una severa crítica al marxismo, precisamente porque transforma elementos de la tradición judeocristiana, como la esperanza, en algo meramente terreno:

Creo que el marxismo, en su filosofía y en sus intenciones morales, es una tentación más profunda que otros ateísmos prácticos, intelectualmente superficiales. La ideología marxista aprovecha elementos de la tradición judeocristiana, aunque transformada en un profetismo sin Dios; instrumentaliza para fines políticos las energías religiosas del hombre, encaminándolas a una esperanza meramente terrena, que es el reverso de la tensión cristiana hacia la vida eterna. Y es precisamente esta perversión de la tradición bíblica lo que engaña a muchos creyentes, convencidos de buena fe de que la causa de Cristo es la misma que proponen los heraldos de la revolución política²⁵.

Para Ratzinger solo es posible comprender la verdadera esencia de la esperanza cristiana y revivirla si se mira a la cara a las imitaciones deformadoras que intentan insinuarse. «La grandeza y la razón de la esperanza cristiana vienen a la luz sólo cuando nos liberamos del falso esplendor de sus imitaciones profanas»²⁶.

²³ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 49.

²⁴ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 49-50.

²⁵ J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985, 208-209.

²⁶ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 50.

En resumen, el optimismo ideológico se podría definir como un acto de fe fundamental en las ideologías modernas. Esta tesis contiene tres elementos importantes.

Primero: debe distinguirse un optimismo de temperamento y de disposición del optimismo ideológico y de la misma esperanza. El optimismo de temperamento es simplemente una cualidad natural psicológica que puede estar asociada tanto a la esperanza cristiana como al optimismo ideológico, pero que por sí mismo no coincide con ninguno de estos. El optimismo de temperamento es útil ante las dificultades de la vida. Es una cualidad moralmente neutra que, como todas las disposiciones naturales, puede ser desarrollada y cultivada para formar la fisonomía moral de una persona. Puede crecer mediante la esperanza cristiana y convertirse en algo más puro y profundo. En una existencia vacía puede decaer y convertirse en pura fachada. Es importante no confundirlo con el optimismo ideológico, ni identificarlo con la esperanza cristiana, que puede crecer sobre él, pero que como virtud teologal es una cualidad humana de otro nivel.

Segundo: el optimismo ideológico puede basarse en enfoques tan diversos como el liberal o el marxista. El primero se centra en el progreso a través de la evolución y el desarrollo humano guiado científicamente. El segundo, en el movimiento dialéctico de la historia y el progreso mediante la lucha de clases y la revolución. Aunque esta diversidad, e incluso oposición, son evidentes en lo político, no deben distraernos de su unidad esencial. Este tipo de optimismo, en ambos casos, es una secularización de la esperanza cristiana, basada en la transición del Dios trascendente al Dios Historia, revelando un profundo irracionalismo detrás de su aparente racionalidad superficial.

Tercero: Debe prestarse atención a las estructuras diversas de los actos de «optimismo» y de «esperanza» para poner en evidencia su esencia relativa.

La finalidad del optimismo ideológico es la utopía del mundo definitivamente y para siempre libre y feliz; la sociedad perfecta, en la que la historia alcanza su meta. La finalidad de las ideologías es, en último término, el éxito, la realización de nuestros propios planes y deseos. Nuestro hacer y poder, en los que confiamos plenamente, son conscientes de ser conducidos y confirmados por una irracional tendencia evolutiva de fondo. Todo esto significa que el producto esperado del optimismo lo debemos realizar no-

sotros mismos y tener confianza en que el curso, en sí ciego, de la evolución desemboque al final, en unión con nuestro propio hacer, en un justo fin.

El fin de la esperanza cristiana es el reino de Dios, es decir la unión de hombre y mundo con Dios mediante un acto del divino poder y amor. La finalidad próxima, que nos indica el camino y nos confirma la justicia del gran fin, es la presencia continua de este amor y de este poder que nos acompaña en nuestra actividad y nos socorre allí donde nuestras posibilidades llegan al límite. La esperanza cristiana es un don del amor, que nos viene dado más allá de nuestras posibilidades operativas; tenemos la esperanza de que existe este don, que no podemos forzar, pero que es la cosa más esencial para el hombre y que no defrauda; y la garantía es la intervención del amor de Dios en la historia, y de forma especial en la figura de Jesucristo, mediante el cual nos viene al encuentro el amor divino en persona. La promesa de la esperanza es un don que en cierto modo ya se nos ha dado y que esperamos en plenitud de Aquel que es el único que nos lo puede regalar: de aquel Dios que ya ha construido su tienda en la historia por medio de Jesús.

El juicio conclusivo de Ratzinger sobre el optimismo ideológico es severo; se trata de «una pura fachada de un mundo sin esperanza, un mundo que con esta fachada ilusoria quiere esconder su propia desesperación. Sólo así se explica la desmesurada e irracional angustia, el miedo traumático y violento, que irrumpe cuando un accidente en el desarrollo técnico o económico plantea dudas sobre el dogma del progreso»²⁷.

Este juicio adquiere particular gravedad cuando consideramos el problema de la muerte.

El optimismo ideológico es un intento de olvidar la muerte con el continuo discurrir de una historia dirigida hacia la sociedad perfecta. Aquí se olvida hablar de lo auténtico y al hombre se lo calma con una mentira; ocurre siempre que la misma muerte se aproxima. En cambio, la esperanza en la fe se abre hacia un verdadero futuro, más allá de la muerte, y solamente así el progreso se convierte en un futuro para nosotros, para mí, para todos²⁸.

Aunque la esperanza alcanza ese verdadero futuro más allá de la muerte, nada más alejado de la realidad que una concepción de la esperanza cristiana desentendida de las realidades temporales. Un rasgo de la esperanza

²⁷ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 54.

²⁸ J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, 54.

cristiana, que brilla en la persona y el pensamiento de Juan Pablo II, es el valor para mirar a la cara y con realismo los desafíos de la situación presente y comprometerse en su transformación.

Juan Pablo II: el coraje de la esperanza

El papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa, sobre Jesucristo vivo en la Iglesia y fuente de esperanza para Europa*²⁹, aborda la situación de Europa. De manera significativa, Juan Pablo II, al proclamar el Evangelio de la esperanza a Europa, se inspira en el libro del Apocalipsis, el cual revela a la comunidad creyente el significado oculto y profundo de los acontecimientos.

El Apocalipsis nos pone ante una palabra dirigida a las comunidades cristianas para que sepan interpretar y vivir su inserción en la historia, con sus interrogantes y sus penas, a la luz de la victoria definitiva del Cordero inmolado y resucitado. Al mismo tiempo, nos hallamos ante una palabra que compromete a vivir abandonando la insistente tentación de construir la ciudad de los hombres prescindiendo de Dios o contra Él. En efecto, si esto llegara a suceder, sería la convivencia humana misma la que, antes o después, experimentaría una derrota irremediable. El Apocalipsis trata de alentar a los creyentes: más allá de toda apariencia, y aunque no vean aún los resultados, la victoria de Cristo ya se ha realizado y es definitiva. Esto es una orientación para afrontar los acontecimientos humanos con una actitud de fundamental confianza, que surge de la fe en el Resucitado, presente y activo en la historia³⁰.

Esta palabra del Señor Resucitado tiene toda su actualidad para el hoy de las comunidades cristianas en Europa «*afectadas a menudo por un oscurecimiento de la esperanza*. En efecto, la época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo»³¹. Entre numerosos *signos preocupantes* menciona un cierto miedo en afrontar el futuro con sus manifestaciones. En vez de mirar con ilusión al futuro, este provoca en muchas personas temor; se ve en la pérdida de sentido y en un cierto vacío espiri-

²⁹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa, sobre Jesucristo vivo en la Iglesia y fuente de esperanza para Europa* (28 de junio de 2003), en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_20030628_ecclesia-in-europa.html.

³⁰ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 5.

³¹ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 7.

tual que aqueja a tanta gente. Juan Pablo II apunta a la angustia existencial de muchos contemporáneos que se expresa, por ejemplo, en la creciente disminución de la natalidad, fruto entre otros factores de un cuestionamiento: si vale la pena traer a la existencia en esta tierra a otra persona. También se expresa en la dificultad para tomar decisiones a largo plazo, que se postergan indefinidamente, como el matrimonio o el ingreso a la vida consagrada o al sacerdocio. El egocentrismo del hombre moderno —y su descentración de Dios— está acompañado con una «fragmentación de la existencia», donde «prevalece una sensación de soledad; se multiplican las divisiones y las contraposiciones»³². Esto se ve en los síntomas de crisis familiar nuclear y consiguiente desvaloración de la familia, «la persistencia y los rebotes de conflictos étnicos, el resurgir de algunas actitudes racistas, las mismas tensiones interreligiosas, el egocentrismo que encierra en sí mismos a las personas y los grupos, el crecimiento de una indiferencia ética general y una búsqueda obsesiva de los propios intereses y privilegios»³³.

Esta descripción realista, de una situación dramática, no ha perdido actualidad. Y en este contexto, dado que el hombre no puede vivir sin esperanza, porque la vida sería insostenible, está tentado de saciar la necesidad con realidades efímeras y frágiles, con promesas que no dan garantías de posible cumplimiento.

De este modo la esperanza, reducida al ámbito *intramundano cerrado* a la trascendencia, se contenta, por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age*. Sin embargo, todo esto se demuestra sumamente ilusorio e incapaz de satisfacer la sed de felicidad que el corazón del hombre continúa sintiendo dentro de sí. De este modo permanecen y se agudizan los signos preocupantes de la falta de esperanza, que a veces se manifiesta también bajo formas de agresividad y violencia³⁴.

Precisamente en este contexto, en esta realidad, el mensaje de la Iglesia resulta particularmente significativo: la persona de Jesucristo vivo en la Iglesia. «Mirando a Cristo, los pueblos europeos podrán hallar la única

³² JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 8.

³³ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 8.

³⁴ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 10.

esperanza que puede dar plenitud de sentido a la vida. También hoy lo pueden encontrar, porque *Jesús está presente, vive y actúa en su Iglesia: Él está en la Iglesia y la Iglesia está en Él*»³⁵.

Con los ojos de la fe puede descubrirse la misteriosa acción de Jesús en los diversos signos que nos ha dejado. Está presente en la Sagrada Escritura, que habla de Él en todas sus páginas y desde donde Él sigue hablando a sus discípulos. Está presente de manera real en la Eucaristía y en las acciones litúrgicas que, en su nombre, celebra la Iglesia. A través de los Sacramentos, Jesús actúa por medio de los hombres. También está en la comunidad de sus discípulos que adoran a Dios y que son reconocibles por el amor fraterno que demuestran como seguidores del Señor.

Esta presencia del Señor Jesús vivo entre nosotros confiere al cristiano el valor para mirar a la cara, con esperanza y realismo, los desafíos de la vida civil y eclesial y las dificultades para la evangelización. «La Iglesia no puede eludir el deber de un diagnóstico claro que permita preparar los remedios oportunos. En el “viejo” Continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica *misión ad gentes*»³⁶. Este diagnóstico —aquí recogido con cierta amplitud— no es pesimista u optimista; es realista y esperanzado:

Por doquier es necesario *un nuevo anuncio incluso a los bautizados*. Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida...; se observa una especie de interpretación secularista de la fe cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de la conciencia y la práctica moral cristiana. Los grandes valores que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones³⁷.

Hecho este diagnóstico, Juan Pablo II se pregunta con las palabras de Jesús «Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la

³⁵ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 22.

³⁶ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 46.

³⁷ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 47.

tierra?” (Lc 18,8). ¿La encontrará en estas tierras de nuestra Europa de antigua tradición cristiana? Es una pregunta abierta que indica con lucidez la profundidad y el dramatismo de uno de los retos más serios que nuestras Iglesias han de afrontar³⁸. Si bien, Para Juan Pablo II, la “nueva evangelización” es una invitación a que el mensaje cristiano se presente a la sociedad contemporánea con un nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones, adaptándose a los nuevos retos culturales y vitales del mundo de hoy, en el caso de las sociedades europeas y de otros contextos, significa que el desafío evangelizador consiste frecuentemente, no tanto en bautizar a los nuevos convertidos sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio: «nuestras comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana»³⁹.

Este valor para afrontar sin eufemismos y autoengaños los desafíos del mundo y de la evangelización es expresión de la más genuina esperanza.

Conclusión

El hombre no puede vivir sin esperanza. A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas y variadas esperanzas, diferentes según los períodos de su vida. «Nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios»⁴⁰.

El hombre ha de cuidarse sobre todo de esa esperanza falaz que es el optimismo ideológico:

La época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero «reino de Dios». Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita⁴¹.

³⁸ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 47.

³⁹ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 47.

⁴⁰ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 31.

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 30.

Pero era una esperanza se ha demostrado contra la libertad y solo para los hombres del mañana.

El fundamento último de la esperanza que el ser humano necesita es la fe en un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rm* 8,38-39). El Dios revelado por Jesús, que nos ama, es el Señor de la Historia, y su amor no defrauda. Sobre este fundamento indefectible, la esperanza nos sostiene en los momentos de incertidumbre, dándonos la fuerza para seguir adelante y pasar por las pruebas de la vida con un nuevo ánimo. Pablo decía a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (*1Ts* 4,13).

Si bien un temperamento optimista ayuda a mantener una actitud positiva y a buscar el lado bueno de las cosas, como seres humanos necesitamos la esperanza que no defrauda: «*Spes non confundit*» (*Rm* 5,5), una esperanza para el tiempo y la eternidad. Esa esperanza cristiana es fuente de un fundado y no ilusorio optimismo que permite abordar el día a día con una mente abierta y positiva, con el ánimo del peregrino que conoce la meta a la que aspira y al Compañero de camino. «La esperanza —decía papa Francisco— es la virtud que nos pone en camino, nos da alas para avanzar, incluso cuando los obstáculos parecen insuperables»⁴²; la esperanza cristiana, que no defrauda.

⁴² FRANCISCO, Mensaje para la celebración de la 53ª Jornada Mundial de la Paz.